

# El otro divorcio de Tarancón

La Iglesia española, que no pierde oportunidad de recordar su oposición al divorcio matrimonial, está empeñada en dar por terminado a toda costa su largo maridaje con el franquismo. "Si te he visto no me acuerdo", parece ser ahora la postura de la Iglesia respecto de un Régimen con el que ha intercambiado complacida y sin rechistar los más encendidos elogios y los más excelsos arrullos teológicos. Desde los piropos de Bossuet a Luis XIV probablemente no se ha incensado tanto a un gobernante como a Franco. Cuesta trabajo imaginar estos cuarenta años de dictadura sin el apoyo eclesiástico, pues, lo dice algún sociólogo, la Iglesia ha sido la gran instancia legitimadora del sistema, que oficialmente la consideraba una de sus "columnas vertebrales".

El cardenal Tarancón está ahora decidido a cortar por lo sano y defiende animosamente el divorcio Iglesia-Estado. Insistiendo en que "la Iglesia como tal —el cristianismo— no puede estar ligada a ningún régimen político". Sabias y rectas palabras. Pero, ¡cuánto más se habría agradecido una orientación similar

en plena dictadura! Recordar entonces que la condición de cristiano no exige ninguna etiqueta política determinada, hubiera clarificado mucho la situación e iluminado muchas confusas conciencias. Se habrían evitado, seguramente, muchos males.

Más vale tarde que nunca. Que la Iglesia española haya aceptado, aunque sea a la hora de nona, los valores de la libertad y haya dejado de oponerse a la democracia es un hecho positivo que debe reconocerse. Más vale olvidar el pasado y mirar hacia el futuro. Ahí, y muy pronto, va a tener que mostrar la clerecía española la sinceridad y solidez de sus nuevas opciones y su disposición a estar tanto a las duras como a las maduras. Los españoles estamos deseando ver, por primera vez en nuestra historia, una Iglesia políticamente neutral. Que eso de dar al César lo que es del César no puede ser un hábil artificio para reservarse la última palabra en casi todas las cuestiones por aquello de la misión sobrenatural. Además, el silencio respecto de las cosas políticas, ¿no sería acaso una prueba convincente de esa proclamada neutralidad?